

## Sorpresas de Barranquilla

### *Escribir en Barranquilla*

RAMÓN ILLÁN BACCA

Universidad del Norte, Barranquilla,  
2013, tercera edición, 318 págs.

EN LOS años a los que se refiere este libro (desde finales del siglo XIX hasta los ochenta del siglo XX) parecía que la pintura predominaba sobre lo literario en toda la Costa Atlántica, con la particularidad de que, aun en pequeñas poblaciones, trabajaban excelentes pintores sin más aliciente que el gusto de demostrarse a sí mismos su talento y habilidad. Algunos, a su tiempo, lograron el reconocimiento de la crítica y el público en Bogotá, pero la mayoría de ellos solo encontró la satisfacción de comprobar cuánto valía su arte, no en dinero, sino en su calidad intrínseca. Desperdicio de talento, esfumado en la soledad de la incompreensión. Después de los pintores contaban –según las localidades– las artesanías y el folclor. Revistas y libros se movían en estrechos límites. Era la apreciación general.

Pasado el tiempo, un escritor samario decide mostrar que, medio ocultos por las apariencias, en la ciudad de Barranquilla existieron por aquella época muy notables escritores, locales o de otras ciudades del litoral, así como extranjeros afincados, que dejan notable obra digna de reconocimiento por lo que significa en sí, y cuya trascendencia excede las regiones, integrándose al patrimonio nacional.

Con tal propósito ha compuesto el volumen *Escribir en Barranquilla*, deliciosa crónica muy bien documentada, amena e instructiva, imprescindible no solo para sus contemporáneos, sino también como historiografía de una época que abarca, no sin incursionar por los orígenes buscando la trascendencia de lo intrascendente. Al final agrega un completo índice alfabético de personas y lugares. Con respecto al tema tratado puede decirse que en él “está todo el mundo”.

Puesto que la reseña bibliográfica no es más que un resumen comentado, nada ilustra mejor la obra en cuestión que una serie de fragmentos escogidos para dar idea del contenido y la importancia de tan minucioso trabajo,

fruto de larga y prolija investigación. Se hace en el orden del libro, a fin de ofrecer un trasunto fidedigno y muy animado, como corresponde al estilo del autor: agradable, entretenido, a veces risible en lo anecdótico pleno de un selecto anecdotario con frecuencia hilarante. Un libro delicioso.

Empecemos por la página 35, recordando el paso de Barba Jacob por la ciudad: “A una muchacha coreógrafa la mataron en el burdel donde trabajaba la misma noche que tenía una cita con Barba Jacob. Él, que en esa época usaba el seudónimo de Ricardo Arenales, dejó todo el dinero que tenía a los deudos para el velorio. El nombre de ella era *Carmen Barba Jacob*. ¿Fue en recuerdo suyo que adoptó su apellido?”.

Después de Barba pasamos a Leopoldo de la Rosa: “Es aceptado sin discusión como una de las glorias del parnaso barranquillero, aunque haya nacido en Panamá y en sus últimos cuarenta años nunca más volviera a esta ciudad. Acerca de él escribe Bernardo Restrepo Maya: ‘Era un niño que cruzaba a grandes trancos las calles de la aldea sin tradición, conmovida solo en su historia estética por periódicas y espantosas veladas municipales. Era un ser diferente, como caído de otro planeta, y las gentes de Barranquilla empezaron a amarlo’”.

Las páginas 44 a 46 contienen un anecdotario muy interesante sobre Leopoldo de la Rosa, que la reseña no puede transcribir. Se finaliza esta parte con el concepto de Ariel Castillo de Mier: “Un crítico de la parroquia ha dicho que Leopoldo de la Rosa es un poeta casi onírico, íntimo, recóndito, arcangélico, extrañamente simbólico y casi cabalístico, y su obra célica, seráfica, mística: lo que debió hacer fue preguntarse si era poética”.

El asesinato en todas sus formas, preferiblemente las más horribles, ha sido una constante en Colombia desde siempre, como aparece documentado en la historia. En página 57 se relaciona el caso de un marido que, en complicidad con su amante, había enterrado viva a su esposa. Y en página 58 se da cuenta de un crimen pasional: “El marido de una joven señora le había abierto la cabeza de un mazazo a un empleado de toda su confianza que se había extralimitado en sus funcio-

nes”. Y para la misma época ya estaba documentado el fumadero de opio en un restaurante chino de la ciudad, pues lo que actualmente se denomina en forma genérica como “drogas” es cosa muy vieja en Colombia. Hace cien años eran comunes en todas partes la heroína, la morfina, el rapé y la coca, que abrieron después las puertas a los demás alucinógenos y estupefacientes, etc.

En página 60 se relata la curiosa anécdota de “un tenorio de la aristocracia local que se presentó al Hotel Moderno con un vistoso ramo de flores, e intenciones de llevar a cenar a la que él presumía que era una gran soprano coloratura, Titta Ruffo. Su confusión fue inmensa cuando se topó con un señor grueso y calvo que gritaba energúmeno: ‘*Ma che cosa dice, io sono Titta Ruffo, il migliore tenore di tutta la Italia!*’”.

Página 69. “El último fracaso editorial sufrido por Pío Baroja se debe a que este autor aborda con marcado desabrimiento el amor, que es el tema por excelencia de las novelas, y le dedica sus entusiasmos a otros estímulos, más útiles y complicados, pero menos humanos”.

Página 75, novela de José Félix Fuenmayor: “Cierta día, al alba, desde el aeródromo de una ciudad ilustre (Barranquilla) catorce sabios se levantaron sobre el viento, científicamente acomodados en una gigantesca máquina voladora” (un avioncito monomotor).

Páginas 78-79. “¿Cuál era la trama de esta novela futurista? Una apretada síntesis nos muestra cómo Juan Francisco Rogers regresa a la vida. En esa Barranquilla que encuentra no hay carros; todos tienen su avioneta particular parqueada en el patio de la casa. Hay un cielo congestionado de aeroplanos que siguen las órdenes de policías espaciales. Las calles, obviamente, no se utilizan. No hay vuelos interplanetarios porque han resultado poco productivos. Se sabe, sí, que Venus y Marte están habitados por tribus paleolíticas. La televisión fue un invento que fracasó, y la radio sigue imperando”.

Página 79. “Comer es de mal gusto, y por eso el Hotel del Prado no tiene servicio de restaurante, sino solo dormitorios”.

Página 88. “El escribir agregaba méritos a los hombres de pro, pero

CRÓNICA		RESEÑAS
<p>no era un mérito en sí. La categoría de escritor era subsidiaria; la cultura como creación no se entendía en todo el país, y la escritura no era más que una actividad al servicio de los políticos. Eso explica, en parte, la paradoja de los pocos escritores de oficio en ese momento, y la cantidad de periódicos en la primera década, en esta ciudad, que sumaban alrededor de veinte”.</p>	<p>último rincón del planeta), las audacias de Dormée y Reverdy, el <i>Traité du Narcisse</i> de André Gide, la obra de Chesterton, dando muestras de esa fabulosa erudición de la modernidad europea que explica que uno de sus nietos intelectuales, Gabriel García Márquez, lo haya transmutado en un personaje de novela: el sabio catalán, el hombre que había leído todos los libros de los <i>Cien años de soledad</i>”.</p>	<p>lee uno solo. En la Costa se lee poco, menos de lo que se imagina quien ve la cantidad de imprentas que trabajan diariamente. Es lástima que en una región que sobresale por su inteligencia y actividad, no se lea, pero es mejor hacer otra cosa, dicen.”</p>
<p>Página 89. “La tertulia, se sabe, ha sido una de las tradiciones más constantes en todos los estratos sociales costeños. –Nunca se les ve leer. Así colman este vacío con la conversación, ya que encuentran en ésta la mayor parte de sus conceptos y conocimiento de las cosas– decía un sorprendido viajero sueco (Carl August Gosselman) a principios del siglo pasado refiriéndose a los costeños”.</p>	<p>A la revista <i>Voces</i> (sesenta números) el autor le dedica varias páginas y menciones suplementarias para mostrar su importancia.</p>	<p>Página 142. Armando Barrameda Morán escribe: “Esta aparente y despreocupada irreligiosidad de los hombres, esta falta de mojigatería en las mujeres, así como el desprecio burlesco que a todos inspira el espíritu camandulero y el desgano general de la gente por las cosas ultraterrenas que no se ven, le han acarreado a Barranquilla los apodosos de ciudad incrédula y materialista”.</p>
<p>Página 91. <i>El Morrongo</i> (un periódico) solo alcanzó a sacar tres números, pues escandalizó un cuento de José Félix Fuenmayor en el que se narraba cómo en la ciudad de Tasa Jerah tres sabios llegaron a la conclusión de que en los lugares donde se comía mucho pescado la población se multiplicaba rápidamente. El cuento sonó tan mal, que el Jefe Civil y Militar suspendió la publicación y le impuso una multa de mil pesos”.</p>	<p>Página 106. “Interesante resulta saber cómo Haeckel, Buchner, Strauss, Schopenhauer, Nietzsche, Wagner, Darwin, Renán, Spencer y Voltaire se podían comprar en las librerías barranquilleras, que no eran muchas, pero sí surtidas. No está demás decir que todas estas obras aparecían como prohibidas en el catálogo dominical leído por el párroco de la iglesia de San Nicolás”.</p>	<p>Luis Ricardo hace el siguiente análisis: “El barranquillero al abandonar la escuela tiene dos aspiraciones: navegar y comerciar. El grueso de la población autóctona se divide en tres grupos: navegantes, comerciantes y mecánicos. Barranquilla no es propicia a la disciplina, así sea la del cuartel o la de la universidad. Nuestros militares son de club. Cuando queremos saludar a una persona de respeto le ponemos cariñosamente la mano en el hombro y le decimos: ¿Cómo está, general?”.</p>
<p>Muy buena la multa, porque se publicaban versos como estos: Me das tu amor, mujer, o me pego un balazo por doquier.</p>	<p>Página 111. “La revista <i>Voces</i> no recibió pulpitos, como, por ejemplo, <i>Panida</i> de Medellín, a la que el órgano de la Curia, <i>La familia cristiana</i>, prohibía leer bajo pena de pecado mortal. En Barranquilla, a pesar de su poder, el clero tenía una presencia más discreta. La ciudad portuaria no era sede diocesana, y además había una población flotante, con mucho extranjero, que le obligaba a ser más permisiva”.</p>	<p>Página 236. “El hecho destacable es que el barranquillero, como el colombiano en general –aquí en forma más patente– no disfruta de la lectura. ‘No hay lectura lúdica’, dice un experto en el tema, Juan Luis Mejía Arango, y continúa: ‘Al que se le frustra el placer por la lectura se le está convirtiendo en un limitado mental’. No existe en la ciudad el gran lector secreto y voraz, no se dan las complicidades literarias, ni las tertulias librescas, toda esa inmensa maquinaria de vasos comunicantes. Las cosas empezarán a cambiar cuando frente a las universidades haya más librerías y menos cantinas”.</p>
<p>Página 92. “El anecdotario cultural nos puede referir curiosidades como la amistad del médico y periodista natural de Usiacurí Ramón Urueta con Víctor Hugo, o la de Abraham Zacarías López-Penha con Rubén Darío, o la del médico Enrique Llamas con Sigmund Freud: ‘Estaría encantado de encontrarme contigo en cualquier parte, pero ya me siento un poco viejo para ir a Barranquilla’” le escribió este último”.</p>	<p>Página 118. “En los años sesenta no hay ni una revista ni un suplemento literario en la ciudad. <i>Studia</i>, la revista oficial de la Universidad del Atlántico, representa el curioso caso de estar escrita casi en la totalidad por su director, Rodrigo Noguera Barreneche”.</p>	<p>Página 237. “En las ventas callejeras no se encontrará ninguna sorpresa, sino lo que se pide en el mercado escolar. Podría decirse que hay una tendencia a desestimular las bibliotecas privadas. Los jóvenes no están comprando libros. La solución que se está dando es la de la fotocopia, que por definición es algo que no se conserva”.</p>
<p>Página 93. Ángel Rama: “<i>Los nuevos</i> es una consigna suficientemente explícita a pesar de su evidente vaguedad. Esa palabra ‘nuevo’ es la que con mayor frecuencia escribe uno de los personajes mitológicos de la literatura latinoamericana, ese Ramón Vinyes que a partir de 1917 da a conocer en una revista provinciana (<i>Voces</i>, publicada en la ciudad colombiana de Barranquilla, que para la fecha era el</p>	<p>Página 120. “En 1938 casi una tercera parte de los extranjeros residentes en el país estaban en la Costa, la mayoría en Barranquilla. Para 1950, la cuarta parte de sus habitantes había nacido en el interior del país. El slogan de ser una ciudad de puertas abiertas correspondía a una gran verdad”.</p> <p>Página 124. “Cuando llega el periódico a manos de los comerciantes, lo abren, ven su aviso y lo leen de nuevo, sonrían y lanzan el periódico a un rincón. Cuando cae en manos de un intelectual, éste lee los títulos, le pone algún defecto al periodismo actual, y no lee nada. Total, que de seis mil ejemplares que salen cada día, no se</p>	<p>Página 246. “Las reseñas en la revista <i>Crónica</i> eran hechas por todo el equipo, pero Alfonso Fuenmayor está seguro de que la mayor parte las hizo</p>

él. De hecho, tenía una larga práctica, que se inició en la *Revista de Indias*, como comentarista de libros. En una reducción de personal no fue despedido porque el director de la revista –Baldomero Sanín Cano– confundió sus iniciales A. F. con las de Anatole France”.

Página 250. Sobre Ramón Vinyes: “En su viaje de ‘luna de miel’ a Barcelona fue cuando recibió la noticia del incendio de su librería, ocasionado por un petardo lanzado en una manifestación política. Al regresar, y debido a sus editoriales que censuraban al gobierno local, fue expulsado como ‘extranjero indeseable’ y salió nuevamente para España... Murió en Barcelona, en 1952. Entre sus papeles se le encontró un pasaje de regreso a Barranquilla”.

Página 271. “Atrás quedaban cinco años en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, y mis peleas con

Monseñor Félix Henaó Botero, que me consideró ‘manzana podrida’ por mi amistad con los nadaístas”.

Página 275. “Pasado el tiempo, el balance es más de expectativas que de realizaciones, pero como me lo aclaró una vez Alberto Vides, ‘Nosotros no fuimos una generación para escribir, sino para que escribieran sobre nosotros. Somos lo suficientemente lúcidos para saberlo, pero eso sí, cuando alguien lo hace (escribir) nos da mucha rabia’”.

Página 290. Para terminar, una anécdota de Meira Delmar. Prologó Meira muchos poemarios, malos en su mayoría. A veces tan malos que ella, con mucho tacto, le recomendaba al autor que hiciera una edición pequeña para repartir a los miembros de la familia. Otras veces, como en el caso de una joven presumida, no se aguantó y le dijo: Querías hacer poemas sin sentimientos... ¡Y lo lograste!

**Jaime Jaramillo Escobar**